

Presencia viva de Don Quijote y Sancho

por

Teófilo Ortega

Cuando en la noche repasamos nuestro acontecer diario, a poco que observemos el removido campo de nuestra intimidad, nos tropezamos con dos figuras conocidas en ardiente disputa. Son los dos personajes a quien diera existencia Miguel de Cervantes; son las dos animadas esculturas que, moldeadas primero con arcilla manchega, persisten como incommovibles mármoles. Pese a la gloria y homenaje universales (a los que me sumo con respeto) a Don Quijote y Sancho, les transportamos en la doliente y contradictoria envoltura que les prestó el autor: con ansias de cielo el caballero, tanto como el escudero con rústico apego a todo lo terrenal.

En ese instante de reflexión, en que tan poco falta para que atravesemos el umbral del inmediato mundo de nuestros sueños, es precisamente cuando los dos hacen acto de presencia viva, se enderezan y, lo queramos o no, provocan y renuevan la eternal disputa.

Días hay en los que se superaron, y recordamos hechos de generosidad caballerosa, de noble predominio sobre los bajos instintos de ventaja personal. Otros, en los cuales no persistimos en la misma actitud contraria a nuestro interés,

pero leal a las peticiones y demandas de lo mejor de nuestro ánimo. Días en los que Don Quijote alienta y no sólo aprueba, sino que acucia, enciende y decide. Otros, en los que el escudero ríe sus gracias groseras y saborea y proclama los triunfos de su previsora y lúcida malicia.

Vano intento el de tratar de confundirles. Apenas Don Quijote predomina victorioso y nos convence de la vergüenza de servir a las bajas inclinaciones abismales, cuando Sancho se interfiere pidiéndonos el reconocimiento de que es necesario más cordura, cierto respeto a las conveniencias, una atención por el personal beneficio que define y facilita y estimula el mundo en torno, con multitud de sabrosos ejemplos. Para comprender bien si actuamos con motivación y direcciones quijotescas o a impulsos e influencias de Sancho, tenemos que contemplar nuestro hechos y nuestra intimidad un poco fuera de nosotros, desde lejos y a cierta distancia en el tiempo.

Lo que nos aporta Miguel de Cervantes con el dibujo novelesco de Don Quijote y Sancho es el acierto de escindir, en dos individualidades bien definidas, aquel solo ser en discordia que somos cada uno de nosotros y transportamos de por vida. Su hallazgo casual, perfectamente inadvertido, fundamento y razón del triunfo universal de la obra y de la inmortalidad segura del autor, fué el de apartar a los dos contendientes, que en lo enconado de la lucha parecían un solo ser y, con ingenio, agudeza y muchas gotas de amargura, situar al uno aquí y al otro enfrente, y bautizarles con un nombre, darles un perfil y una original diferenciación. Sólo rivaliza en acierto definidor la imagen platónica de la cuadriga que nos lleva en la vida y aquella diferencia constitutiva de sus briosos corceles: los que pugnan por elevarnos a los cielos y los que nos tiran con bestial contumacia hacia la negra sima.

De tan sugeridor e incesante combate brotan las ideas en abundantísimo caudal. Predominará uno u otro, pero lo cierto es que el oponente sigue actuando, aunque debili-

tado y pasajeraamente vencido. No es concebible la vida con dominio absoluto de uno y concluyente fin del otro. El hombre Don Quijote original o Sancho solo e íntegro, es humanamente imposible. Precisamente el acierto en el ámbito novelesco de Cervantes radica en crear en el mundo del arte lo que en la realidad humana carece de todas las posibilidades de ser y subsistir. Destino del hombre es vivir, y para vivir, es ley insoslayable que los dos consejeros le abran y opongan sus opuestos caminos, y que con libre determinación y albedrío vaya decidiéndose si actuar por inspiraciones del caballero o del villano.

No es tampoco el hombre, cada hombre, teatro donde en toda edad se repita la misma escena de victoria de uno o de otro. Miguel, su mismo autor, bien nos lo da a entender con la disputa, aunque tardía, que genera la obra admirable. Dentro de sí, en su mocedad, Don Quijote se yergue en el interior de Miguel con valiente ademán sobre todo el rústico armazón que las cualidades peculiares de Sancho representan; pero cuando se acerca la edad en la que el hombre empieza a someter a juicio la vida transcurrida, a Miguel, como al hombre cualquiera, su intimidad le susurra, si no lo dicen en reproche clamoroso los deudos y amigos, que aquella su forma personal de ser le ha conducido a una situación social sin brillo ni provecho. No es absurdo pensar que llegado este momento, Miguel, o el hombre cualquiera, vaya desoyendo las inspiraciones quijotescas y se incorpore insensiblemente al grupo de los que a la generosidad reemplazan con la codicia, a la justicia con la prosperidad. De quiénes fueron en su pasado y de lo que pensaron entonces se ríen con carcajadas dolorosas, y adoctrinan a la juventud aconsejándola que no recorra los mismos inútiles y extraviados caminos. Les brota el humor entre piedras de desencanto y amargura y miran al bachiller, a la sobrina, al barbero, a los duques y a toda la humanidad estéril y muerta en vida como seres de mejor condición que nacieron dotados del privilegio de no llegar en

la existencia a dar la razón a Sancho sin recorrer la senda de renunciaciones y elevación que anda trabajosamente el caballero con su triste figura.

¡Qué triste el libro de Miguel de Cervantes, que sólo pudo escribir en el clima invernizo y en el ambiente desolador de una prisión injusta, cuando la sociedad ingrata le volvía su espalda! Ciertamente que la obra tiene más de memorias de Sancho que de aventuras del ingenioso hidalgo. El encorvado, doliente y desengañado Miguel se burla hasta la crueldad del Miguel joven, del Miguel maduro, de toda la grandeza que soñó, de todas las riquezas y honores despreciados, de tanto sueño y fantasía agigantados que la dura realidad convirtió en molinos. Su obra es la de todo espíritu que existe, es decir, que lleva impreso el castigo de titubear, combatir y verse forzado a optar entre buenas y malas inclinaciones, entre la virtud y el vicio, entre el brillo mundanal y el auténtico fulgor de las ideas imperecederas y eternas. Todo el transcurso de la obra es un plantear y perder o ganar batallas. Ahora vence la persuasión y pureza de alma de Don Quijote; y, sin pausa perceptible, Sancho le derrota, convenciéndole de que toda su grandeza es pasto y ceniza de la realidad mundana, impuras volutas de humo que deshace el viento. Sigue gobernándole Sancho y, páginas más adelante, Don Quijote se recobra y el gran espíritu aposentado en el genio cervantino se alza con inesperada y más espléndida luz. Hasta que en la prevista agoría novelesca de Don Quijote, haciéndole olvidar, cuando no desmentir, sus ideas más nobles, le inflige la derrota más espectacular, a la que sigue la victoria concluyente y definitiva: que él renuncie a ser caballero y que el escudero le anime a recobrar su verdadera existencia y sienta, ¡el desventurado Sancho!, cómo palpita en sus mismas entrañas y en el mismo nacimiento de su manantial de groserías, de rusticidad y astucia, la linfa clara, el prodigio recién nacido de una renovada ansia de ennoblecerse.

Acaso en la vida de todo humano suceda idéntico acon-

tecer. Los triunfos de Sancho ruín son pasajeros, efímeros, superficiales, anodinos. Por eso el escudero, para conseguir perdonarse a sí mismo, se siente avasallado y atraído por Don Quijote, en honda inferioridad y servidumbre. Sancho sigue brindando a la humanidad unos espléndidos bienes materiales, y Don Quijote un vivir de lealtad y sacrificio, de renunciaciones y sobriedad. En aquellas ocasiones en que le invade el cansancio y la rectitud hace crisis, los que siguieron el predominio quijotesco con toda la suma de dificultades, de penurias y rigores, escrutan su intimidad, recorren con dolorosa minucia su pasado y se autojuzgan por haber sido toda la vida así, tontos, cuando no locos. Pero la suerte que corren los contrarios, aquellos que sofocaron dentro de su alma el clamor o la razón elocuente de Don Quijote ("Dichosa edad ...") y sucumbieron al atractivo grosero de Sancho, gozando de sus dádivas y conquistas, es bien distinta por lo que tiene de precaria. El vacío que deja en el alma haber vivido sordos a la voz de las ideas eternas —en materia de fe, justicia y nobleza— con nada se llena. Les observamos materialmente opulentos, triunfadores, rebotantes sus bolsas de rico botín; pero tristes. La única esperanza de renacer a la sana y salvadora alegría la vislumbran instintivamente al acercarse y emular tardíamente a Don Quijote, cuando, derrotado y maltrecho, entrado ya en la agonía, le sugiere Sancho que se anime y sane, que la edad de la caballería no ha concluído y que mañana mismo harán nueva y venturosa salida a campo abierto cuando en el horizonte de la amplia llanura y en el infinito paisaje del alma, con estridente cortejo de claridades y canciones, rompa la esperada aurora de un nuevo día.